

La "complicidad" de la prensa

Las críticas a la prensa -por su información sobre violencia y terrorismo- tienen un trasfondo real; ella es parte del problema. Así lo demuestra la agenda informativa del último tiempo

● Después del asesinato de Jaime Guzmán se ha renovado, veladamente, una antigua acusación contra el periodismo y los periodistas.

La prensa comienza a ser vista en una suerte de complicidad con el terrorismo, ya sea como instigadora o difusora exagerada de la violencia.

Hacia allá apuntan las denuncias que han hecho no pocos parlamentarios de derecha, después del atentado de Jaime Guzmán. Arguyen que las publicaciones (especialmente de izquierda) crearon un clima previo a su asesinato, dieron sustento social a las acusaciones contra el senador y, en el fondo, lo justificaron. En la misma lógica caía el argumento que se usó, en marzo del 90, para impugnar las publicaciones del diario *El Siglo*, con las listas de agentes de la CNI; eran -se decía- la antesala de la venganza terrorista.

Así como la oposición acusó a los periodistas de instigación al terrorismo, algunos partidarios del gobierno han hecho algo semejante con la prensa que no le es adicta. La acusación en este caso es de ser difusora exagerada de la violencia. Esa calificación se usó con el vespertino *La Segunda*, cada vez que publicaba informaciones acerca de asaltos de bancos.

Esta misma revista, en sordina, ha sido calificada con adjetivos parecidos por publicar documentos y antecedentes acerca de cómo ven las Fuerzas Armadas, y sus organismos de inteligencia, el fenómeno terrorista.

Varios diarios capitalinos han dedi-

cado editoriales para responder a la vaga pero inequívoca acusación que se hace a la prensa.

Sólo como ejemplo baste citar un editorial del diario *La Nación*, del 11 de abril, que tenía un sintomático título: "Poca confianza en la prensa". El diario de gobierno decía que "para vastos sectores de opinión, la prensa -lejos de ser un reverenciado cuarto poder- se ha convertido en una fuerza perturbadora del proceso de consolidación democrática", y, más adelante, hacía una defensa de la actitud periodística.

La Asociación Nacional de la Prensa, ANP (que agrupa a los propietarios y editores de medios escritos), también ingresó al asunto. El 9 de abril, desde Concepción, su presidente, Roberto Pulido, dijo que la prensa no rehúye su cuota de responsabilidad en el tema y planteó la necesidad de "un consejo integrado por personas del más alto prestigio" que haga el papel de autocontrol, para evitar que el periodismo y los periodistas sean usados por el terrorismo.

El Colegio de Periodistas apuntó en un sentido semejante cuando, dos días después, la mesa directiva de su Consejo Nacional hizo una declaración "frente a opiniones emitidas por al-

gunos ministros de Estado, parlamentarios y dirigentes que hacen recaer sobre el periodismo cierto grado de responsabilidad respecto a la comisión de graves delitos terroristas".

SOMOS PARTE DEL PROBLEMA

La prensa no recibe, todavía, críticas macizas; pero puede recibirlas en un futuro próximo con respecto a la cobertura que hace de la violencia y el terrorismo.

Así, por lo demás, ha sucedido cada vez que el fenómeno terrorista ha cobrado fuerza. Sucedió en Alemania con el momento más intenso de la banda Baader-Meinhoff (1977); en Francia con el grupo Acción Directa (1979); en Italia, con el auge del grupo neofacista Nuclei Armati Rivoluzionari (en 1980) y con la etapa más intensa de las Brigadas Rojas (1982); en España, con la época más dura de la ETA (1980); en Perú, con Sendero Luminoso y Tupac Amaru, luego de la matanza de ocho periodistas en Uchuraccay.

Es necesario restar todo dramatismo a estas críticas que los restantes entes públicos hacen a los periodistas y a la prensa. Están en su derecho, cumplen un deber y no dejan de ser útiles.

Como dice el español Carlos Soria, doctor en Derecho y Ciencias de la Información, es indispensable "reconocer que la prensa es parte del problema".

No significa eso que sea cómplice del terrorismo, como insinúan generícamente las críticas. Ni tampoco adherir velozmente a la tesis de los go-



Los políticos enrostran a la prensa que realiza un despliegue desproporcionado de los actos terroristas.

biernos totalitarios de que el mejor modo de acabar con el terrorismo es prohibir la información acerca de él.

Se trata de reconocer que el terrorismo, en su planificación y en su actuar, cuenta con la cobertura y difusión pública que la prensa otorga a sus dichos y acciones. Y que, incluso en el cumplimiento más sensato de nuestro deber, los periodistas corremos el peligro de ser utilizados.

Así, por lo demás, lo hicieron las Brigadas Rojas en Italia que, durante una época, emitían sus comunicados los días miércoles y sábados, porque los jueves y los domingos la circulación de los periódicos era más alta.

Así sucedió también en el secuestro de un avión de la TWA en Beirut, el año 1985, cuando el líder del grupo Amal, Nabih Berri, impuso los horarios, los formatos y los contenidos de las emisiones "exclusivas" de la cadena norteamericana ABC. Nabih logró controlar el flujo de propaganda.

DINAMITA E INFORMACION

Dos especialistas holandeses (Schmidt y De Grafft) han llegado a establecer un paralelo sugerente entre los avances de la tecnología de la información y la expansión del terrorismo político a partir de la segunda mitad del siglo pasado, cuando se perfeccionó la rotativa (que permite ampliar las tiradas de los periódicos), y se extendió el uso de la dinamita

(arma predilecta del anarquismo de principios de siglo). Los holandeses señalan que "para el terrorista, lo que importa es el mensaje y no la víctima" y que, en la medida en que los medios de comunicación se han hecho más masivos y rápidos, la acción terrorista suele ser más efectiva.

"La lógica es implacable: violencia relativamente escasa presenciada por muchos, tiene mayor efecto que grandes violencias contempladas por pocos", agregan.

Una comparación local algo extrema puede darnos prueba de esto. La mala nueva del asesinato de Portales, el 6 de junio de 1837, demoró 24 ho-

ras en llegar al palacio de gobierno (según Encina), varios días en ser conocido en todo Santiago, y semanas en todo el país.

En cambio, la tarde del 9 de octubre de 1989, todo el país vio por la televisión, durante seis horas, la transmisión simultánea de un asalto (que quizás no ingrese ni siquiera al recuento histórico del año) a la tienda de videos "Hollywood" en el número 57 de la calle Estado. Seis delincuentes tomaron a siete rehenes. Dos canales de televisión hablaron por teléfono con los secuestradores quienes solicitaron un avión a Cuba y otras demandas irrisorias. En los alrededores



ROBERTO PULIDO, PRESIDENTE DE LA ANP "Nos interesa la autorregulación"

Hace unas semanas, el gobierno envió un proyecto de autorregulación a la comisión especial que trabaja en la nueva ley de prensa.

Roberto Pulido, presidente de la ANP, dijo a HOY que "nos interesan los métodos de autoregulación. Sabemos que ellos han dado buen resultado en otros países, y hacia allá apunta la idea que planteamos en Concepción, pero tenemos algunas discrepancias con el proyecto enviado por el gobierno".

Pulido precisó que esas discrepancias se refieren a quienes debieran formar un ente autoregulator y a que éste sea parte de la ley.

"Vamos a presentar un proyecto propio. Esto estará a cargo de nuestra comisión de Libertad de Expresión, que preside Cristián Zegers (director de La Segunda), y este proyecto debiera ser aprobado en la asamblea ordinaria de junio, en Santiago", dijo.



En la presentación de sus mensajes, el terrorismo ha utilizado eficazmente el sentido dramático de sus acciones: intriga, secreto, peligro... forman parte de un cóctel atractivo para la prensa y el público.

res, miles de personas se congregaron en lo que uno de los diarios de la mañana siguiente, calificó como "un tumulto ávido de emociones fuertes".

No es una disculpa de la prensa, pero la violencia y el terror, no sólo en los medios de comunicación, son un cóctel atractivo para el público. Abraham Miller, especialista norteamericano, señala que "el terrorismo tiene los componentes típicos de todo

drama. Buenos y malos, además de intriga; cumple las exigencias de un guión televisivo".

Por eso es que chapoteamos en el absurdo de que, por cometer un hecho atroz, cualquiera puede alcanzar la fama. Danilo Pinto, el sanmiguelino de 20 años acusado de dar muerte a Viviana Lavados, el 18 de febrero, es un testimonio dramático de ello.

Bastó esa acusación (después dese-

chada) para que saltara desde el anonimato a la nombradía colectiva. El mismo dijo, días después, a la revista *Caras*, que "soñaba con salir en el diario".

LA ANSIEDAD DE LA INFORMACION

A esa capacidad de fama que hoy día otorga la violencia (un periodista peruano lo llamó, en 1986, el marketing del terror) se le suma la angustia de los profesionales de la información, especialmente los de la radio y los de la televisión. El trabajo periodístico, la mayoría de las veces, da origen a profesionales automatizados y confundidos por la competitividad, la exhaustividad o la rapidez.

En ese panorama emocional es evidente que cualquiera de nosotros puede ser víctima de una trampa o de un equívoco.

No se trata sólo de difundir las acciones terroristas más allá de la importancia que tienen, o -como en el caso del asalto a la tienda de videos- de hacer creer al país que siete asaltantes mal organizados y anacrónicos (piden un avión a Cuba) son algo que merece detener la vida de un país, toda una tarde.

Se trata, además, de que se puede dar cabida a seudo informaciones o,

Cuatro errores frecuentes sobre el terrorismo

Quien analice la información publicada sobre el tema, debe reconocer que los periodistas (incluidos los de esta revista) cometemos errores de oficio. He aquí cuatro evidentes.

1. Confundir información con declaración. Todo lo que se dice, en el caso terrorista, pasa a ser noticia: la existencia de fantasmales comandantes, la supuesta relación entre hechos aislados, la existencia de testigos claves que no lo son. Basta que alguien lo diga para que eso se transforme en información. Los terroristas, o quienes quieren amplificar el fenómeno, utilizan bien este recurso. El caso más irrisorio al respecto es del secuestro en Estado 57. Aunque eran delincuentes comunes, una agencia informativa envió un despacho al exterior diciendo que eran del

FPMR. Bastó una declaración telefónica para que eso se transformara en noticia.

2. Credibilidad en las fuentes anónimas. En este rubro informativo pasa lo opuesto a lo de otros. Nadie quiere aparecer citado. Sin embargo, de eso mismo se sirven quienes quieren sembrar noticias. Basta un dejo de verosimilitud, un periodista incauto o demasiado ambicioso y ya. Las únicas posibilidades son el tedioso chequeo de la fuente o su identificación.

3. Información en directo. La rapidez, la inmediatez y otras exigencias del periodismo han sacralizado la transmisión en directo. En los hechos de violencia, o en las entrevistas directas, el periodista puede ser víctima de una coreografía especialmente dispuesta

para la propaganda y no para la información. Ninguna cadena televisiva internacional deja sin sanción una irresponsabilidad de ese tipo.

4. Mimetismo con el lenguaje de las fuentes. Muchos periodistas no nos damos cuenta de que colaboramos con la seudoinformación o la propaganda cuando utilizamos (sin reflexión) el mismo vocabulario de fuentes interesadas. Palabras como "rescate", "comando", "acción de apoyo", "coordinación externa", "dirección nacional", "comandante", "guerra patriótica nacional", "combatiente", dan una idea de que el terrorismo es algo mucho más amplio, eficiente y heroico de lo que se supone. Las fuerzas de seguridad utilizan un lenguaje específico que es igualmente contaminador de la información.

derechamente, a lo que algunos llaman "la noticia sembrada": un rumor o dato puesto en conocimiento de un periodista para que éste lo convierta en noticia; un gesto propagandístico o publicitario que, como contrabando, parece información.

El "sembrar noticias" no es sólo especialidad de los terroristas. Algún tipo de político, sobre todo en época de campaña electoral, da muestras más o menos eficientes de cómo hacerlo. Los artistas en declive que de pronto abrazan un romance espectacular saben que el asunto puede incluso ser exitoso si se incluye una foto exclusiva. El mundo de los negocios ha acuñado un dicho para describir a los que siembran rumores con tal de cambiar el destino de las acciones en las bolsas de valores: inside bloofing (bluf interno).

Donde hay información siempre hay intentos de seudoinformación. El oficio periodístico consiste en distinguir la diferencia y no dejarse usar.

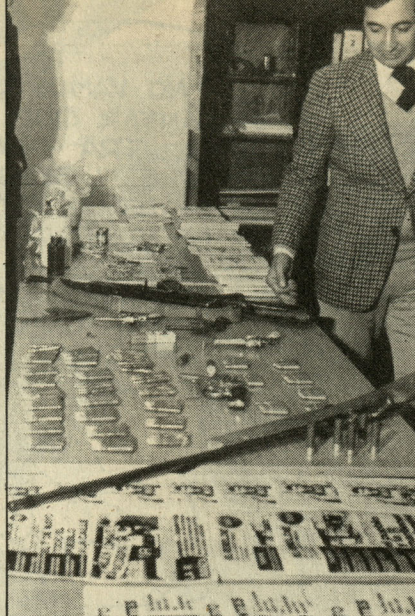
La entrevista que el general Contreras quiso conceder, días antes de que el Ejército diera a conocer su opinión definitiva sobre la Comisión Rettig, fue un intento de sembrar una noticia. Fue él quien determinó el momento y la forma de dar a conocer su opinión. Pero el trato periodístico posterior no cayó mansamente en el juego de la fuente.

El caso de Miguel Angel, el supuesto vidente de Peñablanca, que conmovió al país en la década pasada, es también un ejemplo de noticia sembrada; anuncios de apariciones, de milagros, más la congregación masiva de personas, formaron una mezcla que se autoalimentó por varios meses y que, una vez desaparecida la confusión, se esfumó con el mismo carácter milagroso con que había venido.

EL DESCREDITO OFICIAL

El abuso que los servicios antiterroristas del pasado régimen hicieron de las diversas formas de manipulación, ha puesto a la tarea de la prensa, frente al tema terrorista, un nuevo factor de complicación.

Las fuentes oficiales sufren, con respecto al terrorismo, un descrédito mayor y peligroso porque han utilizado la exageración de las culpas terroristas, involucrando incluso a inocentes, como un medio de justificar sus



La reiteración de un despliegue escenográfico de los servicios de seguridad, no exento de exageraciones o vaguedades, ha agregado un factor de desconfianza a la información sobre terrorismo.

propios excesos o debilidades de investigación.

Eso ha llegado a prefigurar otro eslabón absurdo en el tema de los medios y el terrorismo que ejemplifica bien el caso de Jorge Martínez Martínez, uno de los "terroristas" que se fugaron de la Cárcel Pública el 30 de enero de 1989. Encargado reo por el fiscal Torres, este hombre pasó dos años en la cárcel, acusado de participar en el atentado contra el Presidente Pinochet. En su momento se le acusó detalladamente, pero después la propia Justicia Militar lo declaró inocente.

Durante años vimos la reiteración de una escenografía que se fue haciendo cada vez más sospechosa: un par de detenidos, junto a "abundante material subversivo", más un cúmulo de acusaciones difícilmente verosímil por su largueza, terminaron minando la credibilidad de los servicios policiales.

El abuso de los funcionarios, siempre apresurados en atribuir responsabilidades a las organizaciones terroristas pero no igualmente rápidos para probarlas, se sumó a un ambiente en donde la tortura o las leyes abusivas minaron el tema de la credibilidad.

Pues a eso hay que agregar el desprestigio propio de recibir cuantiosas acusaciones de tortura, más el hecho de yerros o pugnas entre los servicios.

A modo de recordatorio, vale la

pena señalar el caso de Alice Meyer (diciembre del 85), el de los llamados sicópatas de Viña (1980 a 1985), y el mismo caso de Viviana Lavados (febrero de 1990), en los cuales los servicios policiales entregaron, con toda seguridad, versiones no sólo contradictorias, sino que opuestas, con un alto costo para la credibilidad de sí mismos y de la prensa.

Los errores cometidos fueron lo que dio origen a una filosofía intensamente restrictiva durante el régimen anterior, cuya pieza más visible fue la de la noche del 9 de marzo de 1982, cuando el entonces Presidente de la Corte Suprema, Israel Bórquez, hizo un discurso después que salió libre un hombre que había estado cinco días inculpaado por la serie de muertes del caso sicópatas.

En aquella ocasión, Bórquez llevó al máximo las críticas a la prensa diciendo que "pareciera que hace apología del delito". Además, agregó, "no cabe duda de que, sin quererlo, dictan cátedra a los noveles criminales".

Allí pueden encontrarse los antecedentes más duros de la ley de prensa promulgada en mayo de 1984, rechazada por todas las organizaciones de prensa, y que el gobierno actual busca modificar.

DESCREDITO DEL SISTEMA

El tema de fondo no es el descrédito de uno u otro medio, ni de uno u otro periodista, ni de uno u otro servicio policial, sino que del sistema social que (precisamente) quiere organizar un consenso para combatir el terrorismo.

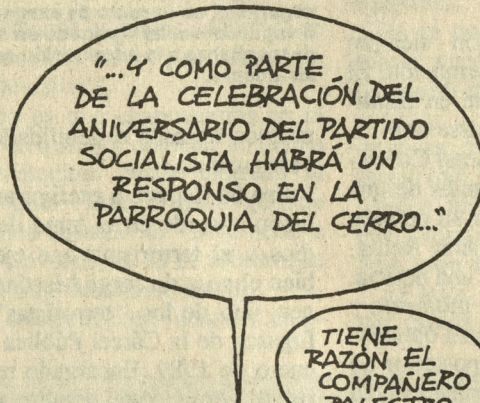
El daño a la credibilidad de la prensa, sea ésta de izquierda o de derecha, ocasionado por los propios periodistas o por quienes pretenden instrumentalizarla, afecta globalmente al sistema político y social.

El análisis de los casos europeos de combate al terrorismo señala que el Estado y sus diversos instrumentos sólo pueden poner en marcha una política antiterrorista vigorosa cuando existe un consenso social a favor de ella.

Este es "un primer y fundamental" requisito que las instituciones (el gobierno, la policía, el parlamento, los partidos políticos) sólo pueden lograr con la -ahora sí- complicidad de la prensa.



RUFINO



Una prensa acusada de complicidad, de información parcial o desconfiada de las fuentes oficiales por sospecha de manipulación, compromete la posibilidad de transformar el consenso de las instituciones en un consenso de opinión pública.

En ese panorama, muy luego, las actividades represivas no significan más que eso. Y a cada acción policial le sobreviene un repudio o una duda, los dos igualmente letales.

Es, más o menos, lo que sucedió en España, en mayo de 1980, cuando la organización separatista vasca ETA mató al ingeniero Ryan, empleado de una planta termonuclear de las afue-

ras de Bilbao.

Una ola de manifestaciones antiterroristas se levantó por toda la península. Días después, la policía capturó a un comando ETA en Madrid y uno de sus integrantes, Joseba Arregui, pereció por torturas. En aquel mismo instante, el consenso social que condenó a la ETA acabó roto, pues para una buena cantidad de jóvenes vascos Arregui se convirtió en un héroe.

En Chile, algo semejante ocurrió durante los 17 años de gobierno de Pinochet. La puesta en práctica de una política antirrepresiva cruel que juega con la seudoinformación, puede llevar a controlar el terrorismo, pero

no a derrotarlo.

Sin consenso político no hay derrota del terrorismo; y sin transparencia ni credibilidad informativa no hay consenso.

Es el drama de la muerte de Ariel Antonioletti. La masacre de los que lo rescataron matando gendarmes, y el repudio posterior, fue opacado por la brutalidad de la acción policial que procuró capturarlo y acabó matándolo; y también por las declaraciones de un honorable diputado de la República que, desde La Moneda, acusó a ex agentes de servicios de seguridad de estar involucrados en ese hecho, sin probarlo jamás. M.G. ●